

Antonio Perejón Rincón “El Instituto Lucas Mallada de Investigaciones Geológicas. CSIC (1943-1979)”. Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid, 2023, 270 pp. ISBN: 978-84-00-11224-0, e-ISBN: 978-84-00-11225-7

Rodolfo GOZALO 

Departamento de Botánica y Geología, Universitat de València, C/ Dr. Moliner 50, 46100 Burjassot, España. rodolfo.gozalo@uv.es

Nos encontramos ante un libro que muestra cual fue la evolución del Instituto Lucas Mallada, una institución clave en el desarrollo de la Geología en la segunda mitad del siglo XX en España. Por dicho Instituto pasaron y se formaron muchos de los profesores que luego fueron claves en la formación de los distintos grupos de investigación geológica de nuestro país. La organización del libro nos conduce a través de la historia de la institución, su labor formativa y sus principales aportaciones a la ciencia española. Los primeros capítulos están organizados cronológicamente en cuatro etapas, de acuerdo con los directores del Instituto, que marcaron las directrices en cada momento y dejaron su impronta en las actividades del Instituto, la captación de personal y marcaron sus principales líneas de investigación. Simultáneamente, se puede colegir los cambios institucionales que se van produciendo en el CSIC, a los que el Instituto se tiene que ir adaptando, y la paulatina separación de la Universidad y del CSIC.

El primer director y personaje clave en la fundación y desarrollo del Instituto fue Maximino San Miguel de la Cámara, quien lo fundó en 1943 y lo dirigió hasta su muerte en 1961. Un elemento importante en el desarrollo del Instituto fue su amistad con José María Albareda Herrera, secretario general del CSIC desde su creación en 1939 hasta su muerte en 1966. Esta amistad propició que una vez llegado a Madrid San Miguel de la Cámara, procedente de la Universidad de Barcelona, se creará el Instituto Lucas Mallada. En él se integraron seis secciones, tres de ellas radicadas en Madrid y otras tres en Barcelona, cuyos jefes eran todos catedráticos de universidad. El autor nos hace un interesante periplo tanto por las vicisitudes administrativas como las modificaciones de las secciones, en función de los cambios en las distintas cátedras, lo que supuso la desaparición de algunas líneas de trabajo y la aparición de nuevas líneas de trabajo. El tema de investigación más importante lo constituye los temas de petrología, especialidad de San Miguel y de su equipo de colaboradores que había creado en su etapa de la Universidad de Barcelona, entre ellos Luis Solé Sabarís que también tenía muy buena relación con el ya citado Albareda.

El segundo director fue Solé Sabarís, quien planteó una serie de cambios en el programa para poder integrar nuevas secciones, en función de los grupos que se iban desarrollando en las universidades dónde se habían creado cátedras de Geología; la mayoría de ellas ocupadas por discípulos de San Miguel, formados durante su etapa en la Universidad de Barcelona. Como dice el autor del libro, “Esta política de creación de secciones no fortaleció al Instituto, si no que facilitó su fragmentación, materializada con la fundación del Instituto Jaime Almera en 1965, que agrupó a todas las secciones del Instituto Lucas Mallada radicadas en Barcelona y del que fue nombrado director [Solé Sabarís]”. Ese mismo año también se creó el Instituto Nacional de Geología, donde se agrupaban todos los institutos de Geología del CSIC, cuya dirección fue ocupada también por Solé Sabarís, este ente estuvo activo hasta 1973.

El tercer director del Instituto Lucas Mallada, ya reducido al ámbito madrileño, fue Francisco Hernández Pacheco (1966-1970), lo que supuso una reorganización de las secciones en función de las cátedras existentes en la universidad de Madrid en un momento de cambio de la universidad española y del CSIC, como dice el autor “[Hernández Pacheco] fue un director de transición, con pocas iniciativas en cuanto al desarrollo científico del Instituto y que no contó con el apoyo políticos de las autoridades del CSIC para potenciarlo”. Finalmente dimitió por motivos de salud.

José María Fúster fue el director durante la última etapa (1971-1979), manteniendo la estructura en secciones basadas en las distintas cátedras universitarias. Fue una etapa muy importante en la adquisición de material, realización de proyectos y un cierto incremento en el personal; desarrollando una potente línea de investigación en petrología y, sobre todo, en relación con el volcanismo en las Islas Canarias. En esta etapa se fueron incorporando nuevos colaboradores que ya no estaban directamente vinculados con la universidad y comenzó a separarse la

estructura universitaria de la del CSIC, aunque una parte importante del Instituto ocupaba los locales universitarios del nuevo edificio de la Facultad de Geología, así en 1972 se crea el Departamento de Geología Económica, como un centro coordinado entre el CSIC y la Universidad Complutense de Madrid, de acuerdo con los nuevos reglamentos establecidos por el CSIC.

Finalmente, en 1978, el CSIC estableció un nuevo reglamento que pretendía democratizar las decisiones dentro de los institutos. A raíz de este reglamento hubo una ruptura entre los dos grupos de investigadores que conformaban el Instituto, uno formado básicamente por los que estaban en dependencias del Museo Nacional de Ciencias Naturales y el otro por los que ocupaban dependencias de la UCM, este primer desencuentro acabó con la disolución en 1979 del Instituto Lucas Mallada y la creación de dos centros de investigación del CSIC en Madrid: “Instituto de Geología de Madrid CSIC” radicado en el MNCN y el “Instituto de Geología Económica CSIC-UCM”, a modo de colofón el Dr. Perejón dice:

“No pudo ser. El personal de plantilla del CSIC del Instituto Lucas Mallada y del Departamento de Geología Económica no supo aprovechar la oportunidad que les brindaba esta reestructuración para organizarse como un centro propio del CSIC, con un importante grupo de personal científico y de apoyo a la investigación y grandes equipos instrumentales. No fue posible debido a las fuertes afinidades universitarias de unos y las pugnas personales de otros”.

Un elemento que nos hubiera gustado, ya que el autor fue miembro activo del Instituto en sus etapas finales y vivió las vicisitudes de su “extinción”, es que nos hubiera hablado en primera persona de los acontecimientos que llevaron a su disgregación en dos centros diferenciados, pero el autor se muestra elusivo en este aspecto y se ciñe al dato y/o a la información disponible en los archivos.

Los últimos capítulos están dedicados al personal del Instituto y a sus publicaciones. En referencia al personal, en el que sorprende la cantidad de investigadores que se iniciaron y/o desarrollaron en la institución; muchas veces en condiciones muy precarias. En esta línea impacta la cantidad de mujeres que, al menos, en su primera etapa profesional estuvieron ligadas al Instituto; aunque la mayoría no desarrolla una carrera científica posterior. A modo de anécdota personal, al revisar las tablas me sorprendió ver a D^a María Paz Lobato como colaboradora del Instituto, para mí era mi profesora de Ciencias Naturales y de Geología del IES Goya de Zaragoza, que fue la “culpable” de que luego estudiará Geología en la universidad, al igual que otros compañeros. Realmente, no desarrolló una carrera científica en Geología pero hizo una labor importantísima a la hora de captar vocaciones para ella.

Por último, el libro dedica un capítulo a la línea editorial del Instituto, que básicamente tienen su origen la decisión personal del primer director Maximino San Miguel de la Cámara. Por un lado, era consciente de la necesidad de hacer accesible a los geólogos españoles las novedades que se estaban produciendo allende de nuestras fronteras y, por otro lado, tener un órgano de difusión de la labor del Instituto.

En la primera línea se enmarca las *Publicaciones alemanas de geología de España*, *Publicaciones extranjeras de geología de España* y *Cursillos y conferencias*. En las que se traducen una gran cantidad de obras con información novedosa sobre la geología de nuestro país o presentan algunas de las nuevas ideas que se estaban produciendo o los resúmenes de las conferencias y cursillos que se impartían en el Instituto para divulgar nuevas ideas.

En la segunda línea están las monografías y, sobre todo, la revista *Estudios Geológicos*, todavía activa; en una primera etapa publicaba tanto las novedades que se producían en la geología foránea, como la difusión de la investigación realizada por el personal del Instituto; además, esta iniciativa permitió el intercambio con otras instituciones, lo que permitió que llegará un flujo de información importante de las investigaciones que se estaban realizando en el extranjero.

A modo de colofón, decir que es un libro fácil de leer donde se nos habla de una etapa fundamental en el asentamiento de la investigación en la Geología española, a partir de la cual surgieron la mayoría de los grupos de investigación de finales del siglo XX y principios del XXI. El libro nos permite conocer un poco mejor a algunos de los principales actores del Instituto, también se vislumbran las carencias tanto de personal como materiales y, por último, se intuye los distintos intereses que llevaron a la sucesiva fragmentación y desaparición del Instituto. Pensamos que es un libro de obligada lectura, no sólo para los historiadores de la ciencia y de las instituciones, si no para todos aquellos naturalistas que estén interesados en conocer un poco mejor el punto de partida de la Geología moderna en España.